LA IGLESIA CATÓLICA,

IMAGEN DE DIOS.

LA IGLESIA CATÓLICA,

5

IMAGEN DE DIOS.

BREVES CONSIDERACIONES

sobre los caractéres de la verdadera Iglesia católica, deducidas de la Escritura y Santos Padres.

POR EL DIRECTOR DE LA REGENERACION CATOLICA.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE DON ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
calle de las Urosas, número 10.

LA IGLESIA CATÓLICA,

IMAGEN DE DIOS.

LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO DEBE SER LA IMÁGEN MAS PERFECTA DE LAS PERFECCIONES DE DIOS.

Cuando el Señor presentó al primer hombre en el jardin de las delicias la que le daba para esposa, la imágen de Dios impresa sobre su noble frente, y viva en el semblante de su nueva compañera, trasportó de admiracion al padre del género humano, mucho mas que las gracias y hermosura con que le habia adornado el Criador. Fué indecible su alegría cuando vió un semejante á él (1) formado de su propia sustancia durante un sueño misterioso, iluminado como él con los rayos de una inteligencia divina, y criado como él capaz de voluntad y de amor.

Lo mismo sucedió á Jesucristo cuando en el Gólgota, durante el penoso sueño de su agonía sobre la cruz, hubo formado la Iglesia, su esposa, de la sangre que estaba derramando á torrentes (2). El segundo Adan, así como el primero, quedó encantado á vista de la nueva Eva, de esta verdadera *madre de los vivientes* (3), de esta *esposa llena de gloria*, *sin mancha ni arruga*, santa é irreprochable (4), y resplandeciente como él con los rayos de una semejanza divina; y debió exclamar: he aquí el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne (5).

El apóstol San Pablo nos descubre, en su carta á los de Éfeso, esta maravillosa union de Jesucristo con su Iglesia, cuando lo llama cabeza de la Iglesia que es su cuerpo, así como tambien su salvador (6). El que ama á su esposa se ama á sí mismo, añade, por-

(1) Génes. 2, 18.
(2) S. Agust. in Joann., tract. 120.
(3) Génes. 3, 20.
(4) Ephes. 5, 27.
(5) Génes. 2, 23.
(6) Ephes. 5, 23.

que ninguno aborrece su propia carne, sino que la nutre y alimenta, como Jesucristo nutre y alimenta á su Iglesia; porque nosotros, que componemos esta Iglesia, somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos (1).

Esta importante verdad ha sido para los Padres y doctores objeto de las mas sublimes y elevadas consideraciones. Cuando quieren dar á los fieles una alta idea de la Iglesia, de su formacion, de su unidad, de su poder, de su grandeza, se valen de las palabras del Apóstol que acabamos de citar, describiendo con admiracion las bodas místicas de Jesucristo y su Iglesia, y la reciprocidad de amor entre el esposo y la esposa: no tienen dificultad en presentar á la Iglesia como participante de las perfecciones divinas, hasta el punto de elevarla al mismo grado de gloria, de poder y fecundidad que su celestial esposo (2). «Las luces que deben ilustrarnos son Jesucristo y su Iglesia, dice Orígenes. Él es la luz del mundo que alumbra á la Iglesia con sus rayos, y la Iglesia iluminada con esta luz viene á ser la que alumbra al mundo (3).» San Agustin declara «que la voz de Jesucristo y la voz de la Iglesia son una misma y sola voz;» y cuando habla de la union íntima de Jesucristo como cabeza con su cuerpo, que es la Iglesia, no duda en confesar «que Cristo y su Iglesia son una sola y misma persona.» *Scientes Christi et Ecclesiæ unam personam nobis intimari* (4).

Bossuet ha meditado profundamente estos pasajes de los Santos Padres cuando nos ha dicho: «Me preguntais qué es la Iglesia? La Iglesia es Jesucristo, extendida y comunicada; es Jesucristo todo entero; es Jesucristo hombre perfecto; es Jesucristo en su plenitud. La Iglesia como cuerpo está subordinada á su cabeza; como esposa participa de su magestad, ejerce su autoridad y honra su fecundidad: por eso le era necesario el título de Esposa, para que pudiésemos mirarla como la compañera fiel de Jesucristo, la dispensadora de sus gracias, la directora de la familia, la madre siempre fecunda, y la nodriza siempre caritativa y amante de sus hijos.»

De esta doctrina de la Escritura y Santos Padres sobre la alianza de Jesucristo con la Iglesia, y de las celestiales comunicaciones del esposo con su esposa, debe necesariamente concluirse, que la

(1) Ephes. 5, 29 et 30.
(2) S. Cipr., de unitate. S. Agust. conf., lib. 8, c. 27.
(3) Origen. Homil. in Genes., 1, n. 5, 6.
(4) S. Agust., de doct. crist., lib. 3, 44.

Iglesia refleja de una manera incomparable las perfecciones del Verbo, y que por consiguiente, segun lo que nos hemos propuesto demostrar, es aquí abajo, en el órden de las cosas creadas, la imágen mas perfecta de las perfecciones de Dios.

Basta por otra parte, para convencerse de esto, tener una nocion exacta de la Iglesia: procedamos por analogía.

Si hay alguna verdad reconocida, es que Dios ha impreso mas ó menos profundamente sobre todas las obras de sus manos la señal de su propia divinidad. El mismo mundo material lleva grabado con caractéres palpables y visibles el sello de los atributos del Supremo Ser, y el ojo menos observador puede ver en todos los seres su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su bondad. El cielo cuenta su magnificencia y su gloria; la tierra proclama que su fecundidad es inagotable; el Océano, que su grandeza no tiene límites; la larga serie de los siglos, que es eterno; el espacio, que es infinito.

Empero si nos elevamos hasta la creacion intelectual, observaremos no solo algunos indicios de las perfecciones de Dios, sino que contemplaremos una completa semejanza del mismo Hacedor. El hombre por el afecto de su ser, por su capacidad casi infinita de inteligencia y de amor, por su deseo de ciencia, de felicidad y de inmortalidad que con tanta energía como poder se manifiestan en él, el hombre aparece como un Dios creado (1). Está hecho á semejanza de su autor, es verdaderamente su viva imágen (2). En vano la ignominia de su triste decadencia vino á manchar y oscurecer la gloria primitiva de este rey de la creacion: el carácter divino impreso en su alma, es un resto imperecedero, aunque deshonrado; y gracias á la redencion del Cristo, ha recobrado bien pronto su primitiva nobleza, y reconquistado su antiguo esplendor.

Vamos mas lejos todavía: nuevas y divinas facciones se hallan en él trazadas de una manera mas perfecta por la sangre que se vertió en el Calvario sobre el mundo entero. El hombre en su creacion fué formado á imágen de Dios: el cristiano, por la redencion, viene á ser no solo una imágen de Jesucristo, sino como otro Jesucristo; y esta semejanza admirable se consumó en él de tal manera, que su mismo cuerpo, cuyos sentidos corruptores habian degradado su alma, se reformó en aquel dia sobre el modelo del cuerpo celestial y glorioso del Salvador. Esta es la doctrina del Apóstol, reasu-

(1) Psalm. 81, 6.
(2) Génes. 1, 26.

inida en aquella enérgica sentencia de Tertuliano: «El cristiano es otro Jesucristo. *Christianus alter Christus.*

Ahora bien, si una señal sensible de la mano de Dios se deja ver en el mundo material; si ha impreso el carácter de su semejanza en el hombre, que no es, por decirlo así, mas que el segundo anillo de la cadena del mundo de las inteligencias (pues el primero es el ángel); si ha trazado en él este célestial carácter á tal profundidad, que si lo ha empañado, no ha podido destruirlo ni borrarlo; si en fin ha querido restituirle su primitivo esplendor y perfeccionarle de nuevo por su Verbo, ¿con cuánta mas razon, y con qué título mas justo y necesario no ha debido grabar el sello de su divinidad, su imágen perfecta y su completa semejanza sobre la Iglesia? ¿Sobre la Iglesia, la obra grande de su poder, la emanacion pura de su sabiduría, la magnífica invencion de su amor? ¿Sobre la Iglesia, la esposa de su propio Hijo, la regeneradora del género humano, la sociedad única en la que brilla la verdad, sopla el Espíritu Santo y se obra la redencion? ¿Sobre la Iglesia, que toca á un tiempo todos los extremos de las cosas divinas y humanas; que cree, espera y ama pasajeramente acá en la tierra; posee, contempla y goza eternamente en el cielo, y comprende á la vez á los hombres, á los ángeles y al mismo Jesucristo?

Sí; la Iglesia de Jesucristo debe ser la imágen de Dios, visible, manifiesta y resplandeciente. Hija del cielo, no hace mas que pasar aquí abajo; pero es preciso que por su claridad y virtud de sus divinos rayos atraiga sin cesar hácia sí, durante su peregrinacion, todas las inteligencias, todas las voluntades. Sí; ella tiene derecho á recibir de Dios las gloriosas señales de luz y de gloria; es necesario que lleve sobre su augusta frente la marca de su alto orígen y el carácter de su celestial reinado.

Tal es el principio fundamental que nos hizo establecer la proposicion que sentamos al principio: *la verdadera Iglesia* de Jesucristo debe ser la mas perfecta imágen de las perfecciones de Dios. Réstanos ahora demostrar que la Iglesia católica refleja, en efecto, al mas alto grado los atributos divinos, y que entre las sociedades que se dicen cristianas sola ella es la que puede reclamar este incomparable privilegio.

INVISIBILIDAD Y VISIBILIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Dios es invisible en su naturaleza y visible en sus obras. *Él habita una luz inaccesible* (1); pero la creacion, que es el espejo de sus divinos atributos, lo hace visible á nuestros sentidos. Su poder y sabiduría brillan en cada una de las criaturas. *Los cielos* publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos: el dia las anuncia al dia, la noche las cuenta á la noche: no hay nacion que no entienda su lenguaje; resuena sin cesar hasta las extremidades de todo el universo (2).

Lo que hay de invisible en Dios, dice San Pablo, se ha hecho de tal modo visible, despues de la creacion, por el conocimiento que nos dá de su poder y divinidad, que los filósofos que negaron su existencia, y los paganos que adoraron la madera y el mármol, no tienen excusa ni perdon ni en el tribunal de Dios ni en el de su conciencia (3).

La Iglesia católica, esta segunda creacion, incomparablemente superior á la primera, es tambien, á semejanza de su autor, invisible y visible.

La Iglesia católica es invisible en su ejercicio interior, y que no interrumpe jamás en el fondo de las conciencias y de las almas; pero es visible en su constitucion, en *sus apóstoles*, *sus evangelistas*, *sus pastores y doctores* (4), en sus sacramentos, sus instituciones y sus obras. Su accion está oculta como los rayos de gracia que le comunica su divino Gefe; pero al mismo tiempo se reviste de un cuerpo y se manifiesta llena de luz y esplendor como el sol que alumbra en medio de las humanas sociedades.

Semejante á Dios que sustrae á nuestros sentidos mortales esa fuerza secreta, esa virtud interior que anima al mundo físico y que sin embargo la deja conocer en mil hechos palpables y sensibles, la Iglesia católica, hurtando á nuestros ojos la energía secreta con que vivifica las inteligencias, le dá una forma exterior que la hace visible á cada uno y accesible á todos.

(1) Timoth. 6, 16.
(2) Psalm. XVIII.
(3) Rom. 1, 20.
(4) Ephes. 4, 11.

Así debe ser el carácter de la verdadera Iglesia. No puede ser esta una reunion pasajera de discípulos extraños los unos á los otros en sus relaciones mas esenciales; una aglomeracion oculta de adeptos mas ó menos numerosos, contrarios en sus creencias, diferentes en sus símbolos, y cuya profesion de fe cambie á cada paso, de modo que no se sepa á qué atenerse, y no forme mas que un cuerpo imaginario, una sociedad sin realidad y algunas veces hasta sin nombre.

La verdadera Iglesia es una sociedad esencialmente espiritual; mas á fin de que todos la vean y aperciban, y ninguno pueda pretextar ignorancia, *porque el Señor quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1), se hace necesario que sea y haya sido siempre visible por sus hechos públicos.

Pues este es el privilegio exclusivo y característico de la Iglesia católica. Es aquella *montaña*, saludada de lejos por Isaías, *que se elevaria sobre los montes y colinas, sobre la cual el Señor habia de edificar su casa,* y en torno de la que todas las naciones se reunirán en tropel (2).

Es la piedra, que vió el profeta Daniel, *desprendida de la montaña sin la mano del hombre, á cuyo golpe se hace pedazos la estátua*, cuyos miembros representan los pueblos del antiguo mundo, *haciéndose una montaña inmensa que ocupa toda la tierra* (3).

Es, segun el mismo Salvador, *esa luz del mundo, que no debe permanecer oculta bajo el celemin, sino lucir á los ojos de todos; esa ciudad colocada sobre una montaña que no puede perderse de vista* (4).

No, la Iglesia católica no debe ocultarse á la vista de cuanto hay en el mundo. Si es invisible en sus operaciones sobre las almas, como Dios; como Dios, se muestra visible á los ojos de todos por sus obras.

Podrá muy bien suceder que algunos mas desgraciados que culpables desconozcan su orígen celestial, calumnien su doctrina, repeleran...

(1) Thimot. 2, 4.
(2) Isai. 2, 2.
(3) Daniel, 2, 34, 35.
(4) Math. 5, 14, 15.

surable que le pertenece, la accion prodigiosa y superabundante que ejerce desde su principio sobre el mundo y que se va desarrollando de dia en dia sobre las sociedades modernas con no menos autoridad que poder y libertad. El sol no es tan brillante, ni tan resplandeciente su luz, como las cosas de la Iglesia (1), decia San Juan Crisóstomo en el siglo V; y aun ahora, mas que en ningun tiempo, las cosas de la Iglesia conmueven los individuos y los pueblos: cuanto en ella acontece es al instante el mas importante suceso de la tierra; lo que ella dice, se repite en todas partes y resuena de eco en eco hasta las extremidades del universo (2).

Visibilidad la mas manifiesta; *Invisibilidad* la mas misteriosa; tal es la primera y doble relacion de semejanza de la Iglesia católica con Dios.

UNIDAD DE DIOS.

UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Dios es *uno:* es uno, porque es un ser necesario: es uno, porque es un ser infinito: en una palabra, es uno, porque es Dios. Verdad que la razon descubre fácilmente hasta la evidencia; verdad que no es posible negar sin rechazar la idea de la divinidad.

La Iglesia católica es *una*, á semejanza de Dios. Esta semejanza de la Iglesia con Dios fué pedida por Jesucristo en aquella oracion que hizo á su Padre la víspera de su muerte: *Padre Santo, guardad por vuestro nombre á aquellos que me diste, para que sean una sola cosa como nosotros: una sola cosa, como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos* (3).

Antes de demostrar el hecho de la unidad de la Iglesia católica, debemos en primer lugar sentar por principio, que la verdadera Iglesia, fundada por Jesucristo para introducir los hombres en la vida eterna, debe necesariamente poseer la unidad.

Ella es la *esposa única* de Jesucristo; *una est perfecta mea* (4): un solo cuerpo, *unum corpus:* debe estar animada de un *solo espíritu; unus spiritus:* no debe tener mas que *una fe; una fides:* un

(1) Chrisost. in cap. 2. Isaiæ, n. 2.
(2) Psalm. XVIII.
(3) Joan. 17, 11. Ibid. 21, 22.
(4) Cant. cantic. 6, 8.

solo bautismo; unum baptisma: una sola y misma *esperanza; in una spe* (1).

Estos testimonios de la Escritura Santa están por su evidencia fuera de toda discusion; por otra parte nada hay en ellos que la simple razon no conozca, y el buen sentido, aun el mas vulgar, no comprenda y apruebe. Jesucristo, la sabiduría eterna del Padre, al fundar su Iglesia, ha debido comunicarla la verdad, la autoridad, la fuerza, la hermosura y sobre todo la vida. Los mismos hombres ¿no se esfuerzan en dar todas estas cosas á sus instituciones? Jesucristo ha dispensado á su Iglesia una unidad perfecta, porque la unidad es el carácter distintivo de la verdad, el tipo de la fuerza, del poder, de la belleza; la condicion indispensable de la armonía y perpetuidad. Por cualquier lado que yo examine la Iglesia, es indispensable que mis ojos vean y admiren en ella la unidad mas absoluta; es preciso que reconozca en todas partes la mano divina de su fundador.

Tal es, pues, el privilegio singular é incomunicable de la Iglesia católica.

A ella sola pertenece la unidad perfecta, es decir, la unidad de doctrina y de ministerio, de suerte que todos los miembros de esta Iglesia estén reunidos en *un solo cuerpo* (2), para confesar la misma fe, recibir los mismos sacramentos y obedecer á unos mismos pastores. Es, pues, *una* en su gefe supremo, el sumo Pontífice, que se sienta hace casi diez y nueve siglos en la silla de San Pedro: *una* en su sacerdocio, cuya inviolabilidad se ha perpetuado en su seno desde los apóstoles hasta nosotros: *una* en su gerarquía, que no sufre revueltas, escisiones, ni partidos: *una* en su creencia, profesada íntegra y sin alianza humana por todos sus hijos diseminados en el universo.

¡Admirable unidad! por la cual se reconoce á primera vista y casi sin exámen la Iglesia que los profetas habian anunciado; la Iglesia que Jesucristo y los apóstoles nos mostraron bajo la figura ó emblema de un aprisco que reune todas las ovejas bajo el cayado de un solo y mismo pastor (3); de un *reino* (4), en el que todos los súbditos obedecen á un mismo príncipe y á unas mismas leyes; de

(1) Ephes. 4, 5.
(2) Coloss. 3, 15.
(3) Joan. 10, 16.
(4) Ezech. 27, 22. Math. 12, 25.

una *ciudad* (1), cuyos habitantes reconocen la autoridad de unos mismos magistrados; de un *cuerpo* (2), cuyos miembros obran de consuno y concurren con una semejanza perfecta á un solo fin.

Esta unidad de la Iglesia católica es de tal modo visible, manifiesta y evidente á los ojos de todos, que es el primer carácter con que los Padres y Concilios distinguen la verdadera Iglesia de las sectas ó falsas iglésias que se han separado de ella.

Y no hablando sino de la unidad de su gerarquía ó gobierno que conservará eternamente la unidad de su enseñanza y de su doctrina, ¿con qué expresiones tan enérgicas no han celebrado el centro de la unidad viva de la Iglesia? La cátedra romana, en la que reside el principado de su cátedra apostólica, el primero y principal principado, el orígen de la unidad, y en la silla de Pedro el grado eminente de la cátedra sacerdotal: la cabeza del episcopado: la cátedra principal, la cátedra única en la cual todos guardan la unidad. Vosotros oís en estas palabras, dice el célebre Bossuet, á San Optato, San Agustin, San Cipriano, San Ireneo, San Próspero, San Avito, San Teodoreto, el concilio de Calcedonia y otros: el África, los Gaulas, la Grecia, el Asia, el Oriente, el Occidente todos unidos (3).

Así es fácil llegar á comprender porqué los santos Doctores y Concilios anatematizaron siempre á cualquiera que se atrevió á romper esta unidad esencial de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Porqué comparan á todo hereje ó cismático, es decir, al que ábandona la unidad de la Iglesia, *á la mano separada del cuerpo que pierde al punto el movimiento y la vida; á la rama separada del tronco, del que ya no recibe la savia; al arroyo, que separado del manantial, pronto se seca; al resplandor de la luz, que separado del sol, al instante se desvanece y apaga.* Ellos dicen que no es lícito romper esta unidad, y llaman á esta separacion un sacrilegio tan enorme, que ni el martirio puede borrarlo, pues es un crímen de idolatría.

Sí, separarse de esta unidad es un crímen de idolatría; y no es sin fundamento el que los Padres hayan usado de tan enérgica expresion.

En efecto, la idolatría habia como dividido en partes la natura-

(1) Ezech. 27, 22. Math. 12, 25.
(2) Ephes. 4, 16.
(3) Bossuet: Discurso sobre la unidad de la Iglesia, t. VI, pág. 91.

leza una y simple de la divinidad, como para distribuirla en pequeñas porciones á aquellos seres nacidos en los extravíos de la ignorancia y en el delirio de las pasiones; este era su crímen para con Dios. Pues de este crímen se han hecho culpables para con la Iglesia de Jesucristo los novadores de todos los tiempos, que se atrevieron á romper su unidad, lacerar su constitucion indivisible y su símbolo, á prostituir el nombre incomunicable de la Iglesia con las sectas que inventáran su orgullo y corrupcion.

Y en esta cuestion, no es este solo el punto de semejanza entre el politeismo y la herejía. Es necesario hacer constar otro. Una vez desconocida la unidad de Dios, el politeismo no se detuvo en inventar un sin número de Dioses: los multiplicó de tal manera, que pobló de ellos la tierra, los mares, los rios, los bosques, las campiñas, las ciudades, las montañas, los abismos, el aire, los cielos, el infierno. A fin de no olvidar ninguno en su culto monstruoso, la supersticiosa Atenas levantó un altar al Dios desconocido, y Roma, la señora del mundo, edificó un soberbio panteon para encerrar en él todos los ídolos de las naciones que habia conquistado.

La herejía, abandonando la unidad católica, tomó el mismo camino. Y refiriéndose solo al protestantismo, ¿quién puede calcular y numerar la espantosa multitud de sectas que ha producido desde su separacion del catolicismo y produce todos los dias? En tiempo de Lutero, de Calvino y de Enrique VIII, ¡cuántas iglesias, á ejemplo de sus fundadores, cambiaron y modificaron su creencia, así como el símbolo que recibieron de sus mayores, para profesar otro á su antojo y capricho! Si aquellos pretendidos reformadores volvieran otra vez al mundo, ¿reconocerian ahora entre sus discípulos un solo sectario fiel á sus profesiones de fe? El protestantismo con sus diversas ramificaciones, ¿no ha levantado en todas partes altares á un cristianismo desconocido? ¿no es como el panteon moderno, que encierra en su seno las creencias mas incompatibles, los dogmas mas contradictorios, los símbolos mas opuestos, y al que cada herejía, cada secta, cada nacion, cada familia y hasta el individuo ha traido sus opiniones sin cesar y como á porfía?

En fin, como último término de comparacion, y refiriéndonos solo á la negacion de la unidad entre el politeismo y el protestantismo, todos los monumentos históricos de los últimos siglos del imperio romano nos los presentan, al uno introduciendo poco á poco y sin esfuerzo la duda universal en la filosofía, y el ateismo en la sociedad; y al otro publicando hoy mismo, sin vergüenza y con el mayor des-

caro, el mas completo racionalismo, el deismo mas manifiesto, y hasta un escepticismo el mas absoluto.

Empero si la secta protestante así como todas las otras sectas que han renunciado á la unidad, se han entregado por sí mismas á todos los errores; si no obstante el nombre de cristianas que llevan con tanta injusticia, muchas de ellas han llegado hasta no querer reconocer la divinidad del fundador del cristianismo; la Iglesia católica ha permanecido siempre fiel á Jesucristo, que es *su verdad*, porque siempre ha sido fiel al carácter distintivo que la hace, aquí en el mundo, la sola sociedad semejante á Dios, su autor: á *la unidad*.

INMENSIDAD DE DIOS.

INMENSIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Dios está presente en todas partes, no solamente por su infinito poder y su accion, sino aun por su propia esencia. Esta presencia de Dios, en todos los lugares y mas allá de todos ellos, se llama *inmensidad*, porque no conoce límites ni medidas.

La inmensidad de Dios es á la vez *simple* y *universal*: simple, porque siendo Dios un espíritu puro, está en cada lugar todo entero; universal, porque está en todas las cosas y todas las cosas estan en él (1).

La Iglesia católica posee esta imponente semejanza de *inmensidad* con Dios.

Antes de todo, detengámonos en el nombre que ella lleva: se llama *Iglesia católica*, es decir, Iglesia universal. «Iglesia católica, dice San Cirilo de Jerusalen, tal es el nombre propio de la Iglesia nuestra madre, esposa de nuestro Señor (2).» Este nombre tiene desde su principio. «Allí donde está Jesucristo, allí tambien está la Iglesia católica (3);» escribia en los primeros años del siglo II San Ignacio, mártir.

Jamás el cisma y la herejía le disputaron este nombre; lejos de eso, todas las sectas la han distinguido y la distinguen todavía con el nombre de *católica*, viéndose así forzadas á atestiguar su gloria

(1) S. Agust., epist. 187.
(2) S. Ciril., catech. 18.
(3) S. Ign., epist. ad Smirn.

antigua é incomunicable. Y no se trata ahí de un nombre vano, sino de realizar todo lo que este nombre significa, es decir, que la Iglesia en su inmensidad es semejante á Dios.

En efecto, Dios, puro espíritu, como acabamos de decir, posee á un tiempo la *simplicidad* y *universalidad*: la Iglesia católica tambien, en su *catolicidad* que nosotros comparamos á la inmensidad divina, es *simple* y *universal*.

En primer lugar es simple, porque no hay fraccion posible en la naturaleza de su creencia extendida por toda la tierra, como tampoco division posible en la naturaleza de su inmensidad divina que abraza todas las cosas. Lo mismo que cree cada una de esas grandes sociedades que reune en su seno, lo cree la Iglesia entera. Lo que afirman todas, lo afirma cada una; lo que cada una profesa, lo profesan todas.

En segundo lugar, es universal, y su *universalidad* en nada perjudica á su simplicidad. Si se halla extendida por toda la tierra, su doctrina es la misma en todas partes: en todas partes se encuentra la misma gerarquía, los mismos sacramentos, el mismo culto y el mismo símbolo. «La Iglesia aunque esparcida por todo el mundo, dice San Agustin, la Iglesia á pesar de la distancia de lugares, de la diversidad de lenguas, es semejante á una sola familia que no tiene sino un corazon, una alma, una misma voz: ella cree, ella enseña, ella predica por todas partes de una misma manera y por consentimiento unánime (1). «Todos los Padres se expresan en este mismo lenguaje. «La Iglesia iluminada con la luz del Señor, despide sus rayos por el mundo entero; y sin embargo que no hay mas que un solo rayo de luz que resplandece por todas partes, la unidad de su cuerpo no permite division alguna (2).

Tal es la ciencia del catolicismo: no consiste precisamente en su extension por todo el universo, sino en la profesion que hace de creer y enseñar por todas partes una misma doctrina, de abrazar como regla de su fe la universalidad de su creencia, seguida unánimemente por todos los pastores, por todas las grandes familias cristianas de que se compone la *Iglesia*. De ahí viene el que catolicidad y herejía son dos términos contradictorios: *herejía* designa una doctrina de una particular eleccion; doctrina, por consiguiente, truncada, desmembrada, alterada: catolicidad, al contrario, expresa doctrina pro-

(1) S. Agust., de unit. Eccles., 56.
(2) S. Cipr., de unit. Eccles., p. 195.

fesada en todas partes en su integridad pura, entera y absoluta.

Mas la catolicidad de la Iglesia no es solo la imágen de la inmensidad de Dios considerada en su modo de existir, sino en la inmensidad misma. Dios, por su inmensidad, abraza todos los mundos: la Iglesia, por su catolicidad, abraza toda la tierra. Se llama Iglesia Católica, dice San Cirilo de Jerusalen, porque está extendida en todas partes, de una extremidad del mundo á la otra (1). Y así debia ser despues de aquella promesa tantas veces renovada por el Señor, que todos *los pueblos le pertenecerian* (2), *que su herencia se dilataria de uno á otro punto del universo* (3), *que su sacrificio puro y sin mancha se ofreceria en todos los lugares desde donde se pone el sol hasta donde nace* (4). El Cristo no predijo en vano que sus Apóstoles y los sucesores de estos darian testimonio de él hasta en las extremidades de la tierra (5), no en vano les mandó enseñar y bautizar á todas las naciones (6).

¿Quién se atreverá á comparar el número de los hijos de la Iglesia con el de los discípulos de la herejía? ¿Quién osará poner en paralelo á la Iglesia Católica con cada una de las sectas que ha salido del seno del error? Do quiera que estén las herejías, decia San Agustin en el siglo IV, allí tambien está la Iglesia Católica; pero no es igualmente cierto que donde exista la Iglesia Católica, estén tambien las otras iglesias (7). A cualquier lugar del universo que el hombre dirija sus pasos, en las islas mas remotas, en las regiones mas salvajes como en los paises mas civilizados, sobre la cima de los montes como en el fondo de los valles, en las riberas de los rios y de los mares, en medio de los bosques impenetrables como en los mas vastos desiertos, en todas partes resuena la palabra católica, la oracion católica, la fe católica; ninguna playa que no haya alumbrado con su luz, ningun pueblo que no haya contemplado su cruz ó escuchado la voz de los Apóstoles, ningun país que no haya visto morir sus mártires.

Mas el universo, aun tan dilatado como es, no basta á la Igle-

(1) S. Ciril. de Jerusal., catech. 18.
(2) Génes. 22, 18.
(3) Psalm. 11, 8.
(4) Malachiæ, 1, 11.
(5) Act. 1, 8.
(6) Math. 28, 19.
(7) S. Agust. lib 4, contra Donat., c. 61.

sia católica: á fin de que la inmensidad se acerque mas y mas á la inmensidad divina, es necesario que llene tambien los otros mundos. Su familia, pues, no se compone solo de los que combaten en este destierro; su comunion se extiende mas lejos: yo la veo levantar sus ojos constantemente hácia la patria celestial, para contemplar allí sus inmortales triunfadores, pues es su dichosa madre; y veo tambien como dirige sus miradas al lugar de la expiacion para ver las víctimas pasajeras de la justicia de Dios á quienes castiga bien á su pesar, y estos son tambien hijos suyos. A los unos ordena un culto y ofrece sus votos; sobre los otros derrama sus oraciones y la sangre divina de su Esposo. Entre tanto, desde lo alto de las colinas eternas, los santos responden con beneficios á los homenajes y súplicas de sus hermanos que habitan aún en este valle de lágrimas, mientras que las obras meritorias de estos son el precio de rescate para sus hermanos cautivos é infortunados.

¡Misteriosa *inmensidad* de la Iglesia Católica sobre la tierra, en el purgatorio y en el cielo! ¡Comunion fraternal de la humanidad entera, que lucha, sufre y triunfa! ¡Sociedad inconmensurable de oraciones y socorros, de gemidos y de felicidad, de combates y de victorias!

Con tan justo título es como la Iglesia Católica sola, puede decir como Dios: *Yo lleno el cielo y la tierra. Cœlum et terram impleo* (1).

ETERNIDAD DE DIOS.

ETERNIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Dios es eterno: él no tiene principio, ni tendrá fin.

La Iglesia Católica es perpetua: ella no ha tenido otro principio ni tendrá otro fin en el mundo, que el principio y el fin del mismo mundo, antes de su triunfo inmortal en los cielos.

La Iglesia de Jesucristo es el misterio oculto en los siglos eternos, y que ha sido descubierto en el tiempo, despues del órden eternal de Dios, á fin de que todos los pueblos obedezcan á la fe (2); ella fué figurada en el Paraiso terrenal por la primera mujer, Eva (3),

(1) Jerem. 23, 24.
(2) Rom. 16, 25, 26.
(3) S. Agust. in Joan., tract. 120.

madre de todos los vivientes (1): la esposa del *primer Adan* que era la imágen de Cristo, *el segundo Adan* (2).

La sociedad visible de los hijos de Dios, discípulos del Redentor prometido y esperado, y rescatados antes por su futuro sacrificio, se formó primeramente en grandes familias por los patriarcas santos; despues en cuerpo de nacion por Moisés y los reyes; y por último, cuando estaban ya cumplidos los oráculos de los profetas y el Mesías hubo espirado en el calvario, se extendió por todos los pueblos, y su dominio ha sido el universo entero.

Como el sol, que despues de nacer avanza por grados sobre el horizonte antes de esparcir todo el resplandor de su mediodia, del mismo modo la Iglesia en su nacimiento se levantó sobre el mundo, se agrandó despues de claridad en claridad, hasta que el Cristo le dió su mediodia eterno. Este dia fué aquel en que el Salvador, antes de volver al seno de la gloria, dijo á los Apóstoles, que destinaba á la conquista del mundo: *Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar cuanto yo os he prescrito, y he aquí que yo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos* (3).

Tal es la solemne promesa de *perpetuidad*, que Jesucristo hizo á la verdadera Iglesia; promesa, en virtud de la cual sola ella, con exclusion de toda otra sociedad religiosa, *puede salvar á los creyentes* (4) *de toda edades.*

Esta promesa, pues, de perpetuidad, Dios no la ha dado sino á la Iglesia Católica. No es ella sola, en efecto, á la que Dios ha reservado, desde su fundador hasta nosotros, lo mismo que sucederá despues, la instruccion de todos los pueblos de la tierra, tanto los mas incultos y salvajes, como los mas adelantados en la civilizacion; á los que reciben con alegría y aclamaciones á los heraldos del Evangelio, como á los que los maldicen y persiguen hasta darles la muerte.

¿No es sola la Iglesia Católica la que siempre les ha enseñado, y ahora mismo les enseña, sin distincion de dogmas admisibles ó no

(1) Génes. 3, 20.
(2) I. Gorinth. 19, 45.
(3) Math. 28, 18, 19, 20.
(4) I. Corinth. 1, 21.

admisibles, de puntos fundamentales ó no fundamentales, todas las cosas que el Señor nos ha prescrito?

¿No es en fin con la Iglesia Católica sola, con sus apóstoles, con sus pastores, que despues de mas de mil y ochocientos años se han sucedido unos á otros sin interrupcion, con quienes *Jesucristo ha estado todos los dias y estará siempre hasta la consumacion de los siglos*, comunicándoles incesantemente su mision, su sacerdocio, su poder y autoridad divina?

Sí: este es *el reino* del cual anunciaron los profetas, *que llenaria toda la tierra*, *que jamás sería destruido*, *que no pasaria á otro pueblo*, *que destruiria y convertiria en polvo los demás reinos subsistiendo él eternamente* (1).

Esta es la doble catolicidad de lugares y de tiempos que los santos doctores opusieron con noble orgullo á las herejías de todos los siglos para confundir á sus ciegos sectarios.

«¿Qué sois vosotros, y de dónde habeis venido?» les decian. «Mostradnos un apóstol ó algunos sucesores inmediatos de los apóstoles entre esos de quienes pretendeis ser los herederos: hacednos ver la antigüedad de vuestras Iglesias, y vuestra comunion con todos los pueblos de la tierra: ¿cuál es vuestro nombre? un nombre humano: ¿de quién habeis recibido vuestra mision? de vosotros mismos: ¿á quién habeis sucedido? á nadie. La llaga de vuestro sacrílego rompimiento con la Iglesia Catolica está aún toda ensangrentada: vosotros no sois sino de ayer, y mañana ya no existireis (2).»

Así es como de la novedad de una secta y de su orígen todo humano, los Padres deducian su falsedad, su crímen, su reprobacion; y su sentencia de condenacion contra las herejías y los cismas no se apoyaba solo en el pequeño número de sus adeptos, sino principalmente en que ninguno de sus gefes tenia ordenacion ni mision legítima (3).

Empero es preciso hacer aquí una observacion, y este es un nuevo punto de semejanza de la *perpetuidad* de la Iglesia con la *eternidad* de Dios.

En Dios la eternidad no se compone ni de dias, ni de años, ni

(1) Daniel 2, 35, 44. Isaiæ passim.

(2) Tertul. de præscriptione. S. Ireneo, lib 3, adversus hæreses. S. Ciprian. epist. ad Magnum. S. Optat., lib 2, ad Parmenianum. S. Agust. contra Donatistas, lib. 3.

(3) S. Ciprian. ad Magnum, p. 152.

de siglos: ella es siempre entera, siempre indivisible, actual siempre. Cuando Dios habla de su eternidad, no dice: Yo soy el que he sido; sino, *Yo soy el que soy*: no dice, yo viviré, sino yo vivo eternamente: *vivo ego in æternum* (1).

Lo mismo sucede en la perpetuidad de la Iglesia Católica, que reside esencialmente en la mision y en el sacerdocio. Esta mision es la mision de Jesucristo: la comenzó en la caida del primer hombre, cuando la fe en la redencion, que debia consumar un dia, podia sola salvar á los hombres; continuándola despues en su mortal vida y trasmitiéndola para siempre á los Apóstoles. Del mismo modo que mi Padre me ha enviado á mí, os envio yo á vosotros (2).

Este sacerdocio es el sacerdocio mismo de Jesucristo, á quien el Señor juró en el dia de su generacion, que precedió á todos los dias, tú eres el sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedec (3): de Melquisedec, pontífice misterioso y profético que aparece en las primeras edades del mundo, *sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio ni fin de su vida, siendo la imágen del hijo de Dios* (4) *que permaneciendo eternamente*, *posee un sacerdocio eterno* (5).

Este sacerdocio divino, esta divina mision se comunicarán sucesivamente en el curso de los siglos á los hombres mortales; pero no sufrirán en su esencia sobrenatural, ni visicitud, ni transformacion, ni sucesion, ni fin. Fuego sagrado que *arderá perpetuamente* sobre los *altares* (6) de la Iglesia Católica, y comunicará siempre á sus pastores toda su llama, entera, sin partirse ni dividirse, sin aminorarse ni apagarse jamás. ¡Pontificado á la vez único y universal! Sacrificio eterno, como la víctima, que no es otra que el *Cordero* mismo, *inmolado desde el orígen del mundo* (7), y que no obstante del estado de inmolacion y de *muerte* permanece y vive por los siglos de los siglos sobre el trono de la Jerusalen celestial (8).

Tal es el orígen siempre fecundo, tal el principio imperecedero de la perpetuidad de la Iglesia Católica: perpetuidad que en manera alguna puede pertenecer á la herejía ni al cisma; porque sus

(1) Exod. 3, 14.
(2) Joan. 20, 21.
(3) Psalm. 109.
(4) Hebr. 7, 3.
(5) Hebr. 7, 24.
(6) Levitic. 6, 12.
(7) Apoc. 13, 8.
(8) Apoc. 5, 6. Hebr. 7, 23.

sectarios, separándose, ó desviándose ellos mismos, en expresion de los Padres, se han condenado á sí propios á la ruina, al anonadamiento y á la muerte.

En fin, la Iglesia Católica no solamente es perpetua, en el sentido en que á ella sola entre todas las sociedades de la tierra haya concedido el Señor este privilegio de no acabar sino con el mundo. Heredera de la mision y sacerdocio de Jesucristo y de sus Apóstoles, continuará, acá en el mundo, sin interrupcion la redencion de las almas, consumada una vez en el Calvario: mas el último dia de esta su vida pasajera, el dia en que el número de los elegidos haya recibido su complemento, será el primero de su vida eterna en los cielos.

Entonces, su semejanza con Dios tocará el mas alto grado de perfeccion, y los inmortales y los dichosos convidados á las *bodas del Cordero* (1) dirán siempre de la esposa la palabra que el grande Apóstol dijo de su esposo divino: *El Cristo era ayer*, *es hoy*, *y será en todos los siglos de los siglos* (2).

INFALIBILIDAD DE DIOS.

INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Dios es infalible.

La Iglesia Católica es infalible.

Dios es infalible, porque es *la verdad:* no puede engañarse ni engañar.

La Iglesia Católica es infalible, porque es la verdadera Iglesia, ella no puede engañarse, ni engañar á nadie.

Demostremos en primer lugar, que la verdadera Iglesia debe ser infalible.

Cuando Dios la instituyó, y la confió el depósito de la verdad con la mision de enseñar á los hombres, debió sin duda alguna darla al mismo tiempo un medio seguro de garantir su doctrina de todo error, de mantenerla constantemente en su autoridad original, y de conservarla pura é inviolable de generacion en generacion, hasta el fin de los siglos.

Este medio no pudo ser otro que su infalibilidad.

(1) Apoc. 19, 9,
(2) Hebr. 13, 8.

En efecto, ¿qué vendria á ser del depósito santo de la fe, confiado á la Iglesia, si la ignorancia ó la mentira pudieran introducirse en su seno y corromperla? ¿qué vendria á ser de su encargo divino de enseñar á los hombres, si los hombres tuvieran la libertad de poner en duda la sustancia ó legitimidad de su doctrina? ¿ Dios no hubiera faltado al fin que se propuso en la institucion de su Iglesia, y la verdad no desapareceria bien pronto del mundo con la Iglesia misma?

Jesucristo, pues, debia dar á su Iglesia la infalibilidad; y así lo ha hecho.

Basta abrir el Evangelio para convencerse de esta verdad. *Si alguno no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como un gentil y publicano* (1). *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (2). La Iglesia además, segun otras palabras del Salvador, es *la luz del mundo* (3): la luz no puede faltar al mundo: *es un reino* (4): en todo reino hay un tribunal que juzga sin apelacion: este tribunal en la Iglesia debe ser, de toda necesidad, infalible, puesto que sus decisiones forman el objeto mismo de la fe.

Pues bien, entre todas las sociedades humanas, no hay mas que la Iglesia Católica que se diga infalible, y á la que sea dado probar su infalibilidad.

Primeramente, la Iglesia Católica es la sola que se dice infalible. Este es un hecho notorio, público, incontestable. Mientras que todas las sectas protestantes, por la misma razon que admiten, como regla de su creencia, el exámen individual, ó la particular inspiracion, se ven forzadas á renunciar á la infalibilidad y á confesar abiertamente, la Iglesia Católica sola pretende poseer la infalibilidad.

Ella ha proclamado en el mundo, desde su fundador, esta prerogativa incomunicable, y con el sentimiento íntimo de su verdad, la proclamará hasta la consumacion de todas las cosas. *La Iglesia es la columna y la base de la verdad* (5), ha dicho el Apóstol diez y ocho siglos há, y las palabras del Apóstol se han repetido incesan-

(1) Math. 18, 17.
(2) Math. 16, 18.
(3) Math. 5, 14.
(4) Ib. passim.
(5) 1. Timot. 3, 15.

temente, y por una voz comun por los padres y doctores, por los mártires y confesores de la fe, por los pontífices, por los concilios, por todos los fieles del mundo católico. Es, pues, preciso decir, que la Iglesia Católica es infalible, puesto que es la sola que presume serlo; ó es preciso negar que haya una Iglesia infalible, y por consiguiente una verdadera Iglesia.

En segundo lugar, la Iglesia Católica prueba de la manera mas perentoria y terminante su infalibilidad; y aquí es donde se deja ver ahora una semejanza completa entre ella y su divino autor.

Dios es infalible; *no puede engañarse*: nada puede serle oculto ni desconocido; él lo vé todo, lo entiende todo, lo sabe todo.

Dios es infalible; no puede engañar: porque la soberana verdad debe conseguir su fin cuando se manifieste á las inteligencias creadas.

Por lo mismo, la Iglesia Católica es infalible, ya en el conocimiento de la verdad, ya en la trasmision de la verdad misma.

Es infalible en el conocimiento mismo de la verdad; *no puede engañarse:* porque Jesucristo en virtud de la asistencia perpetua de su espíritu le comunica una plena y entera inteligencia de su palabra, contenida en la Escritura; porque dió desde su principio á los que *la rigen en nombre del Espíritu Santo*, á sus *obispos* (1), dispersos por todas las partes del mundo, el don de ver, de entender, de saber todo lo que se cree, todo lo que se practica y observa, así como todo lo que se ha creido, practicado y observado en todos los tiempos: testigos vigilantes, incorruptibles, innumerables, de toda lengua, de toda nacion, de toda tribu: testigos universales, unánimes, inmortales.

La Iglesia Católica es infalible en la trasmision de su verdad; *no puede engañar*: porque Jesucristo ha revestido de su misma autoridad á los gefes que la dirigen, enseñan y gobiernan, para fijar de una manera definitiva, cierta y al alcance de todos sus hijos (2), los puntos de la fe, las leyes de la disciplina y las reglas de las costumbres.

Tal es la doble infalibilidad de la Iglesia Católica, que encierra en sí la promesa del Salvador, renovada tantas veces á sus apóstoles. Cuando venga el espíritu de verdad, os enseñará todo lo que debeis

(1) Act. 20, 28.
(2) Isaiæ. 54, 13.

saber (1). Mi Padre os dará el Paráclito, que es el espíritu de verdad, á fin de que permanezca siempre entre vosotros (2). Yo os he enseñado todo lo que he aprendido de mi Padre (3). El que os escucha, en mí escucha (4). Id, pues, enseñad á todas las naciones, enseñadlas á observar todo lo que yo os he ordenado, y he aquí que estoy con vosotros, todos los dias, hasta la consumacion de los siglos (5).

En virtud de estas palabras divinas, el Verbo, la sabiduría del Padre, Jesucristo, el *camino*, la *verdad* y la *vida* (6) permanece todos los dias, hasta la consumacion de los siglos, con los apóstoles y sus legítimos sucesores: los discípulos heredan la mision celestial de su Maestro: el Paráclito los enseña él mismo y mora siempre con ellos: ellos saben toda verdad y tienen el derecho á decirla á todo el universo: *Nos ha parecido á nosotros y al Espíritu Santo* (7): cualquiera que los escucha, escucha al mismo Dios.

Concluyamos con San Pablo: Jesucristo, nos dice, ha dado á su Iglesia profetas, apóstoles, predicadores del Evangelio, pastores y doctores, con el fin de que no seamos unos párvulos fluctuantes y nos dejemos llevar del viento de la doctrina mala de los hombres y de sus engaños y astucias con que pretenden hacernos caer en el error (8).

La Iglesia Católica es, ora por su infalibilidad, ora por el modo mismo de su infalibilidad, una semejanza del mismo Dios que la ha fundado, la asiste, la ilustra é inspira.

SANTIDAD DE DIOS.

SANTIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA.

Dios es santo.

La Iglesia Católica es santa.

Que la santidad es la herencia necesaria de la verdadera Iglesia,

(1) Joan, 16, 13.
(2) Joan. 14, 16, 17.
(3) Joan. 15, 15.
(4) Luc. 10, 16.
(5) Math. 28, 19, 20.
(6) Joan. 14, 6.
(7) Act. 15., 28.
(8) Ephes. 4, 11, 14.

lo demuestra evidentemente la razon de su institucion misma, toda vez que Jesucristo, orígen de toda santidad, su autor, su gefe, su esposo, no la estableció en el mundo sino para que sea santa é inmaculada (1), y para continuar en ella su obra, que es la *obra* (2) y la voluntad de su Padre, la santificacion de los hombres (3).

La Iglesia Católica, pues, posee sola este glorioso privilegio de la santidad, y aquí es seguramente donde debemos admirar sus nuevos y grandes rasgos de semejanza con Dios.

Dios es santo por su naturaleza propia: es santo en sus consejos, en sus caminos: es santo en sus obras (4).

La Iglesia Católica es santa por su fundacion misma: santa en sus consejos y sus caminos: santa tambien en sus obras.

En primer lugar, la Iglesia Católica es santa en su fundacion; porque sus fundadores han sido los apóstoles de Jesucristo, y los primeros discípulos de los apóstoles.

Aquellos hombres, los mas santos de todos los hombres, fueron los que la anunciaron y extendieron en el mundo por su palabra, la establecieron y probaron por sus prodigios, la confirmaron por sus virtudes y la cimentaron por su sangre.

En seguida de ellos, en el curso de los siglos, los legítimos sucesores de los apóstoles, revestidos de su ministerio, herederos de su fe, continuadores de su santidad y sus milagros, han sido los que han propagado mas lejos todavía su divino reinado.

La Iglesia Católica es tambien santa por la razon misma que es *apostólica*: este título, que pertenece á ella sola, es la garantía mas cierta de la santidad de su orígen: título que ninguna secta puede apropiarse á menos que no quiera manchar el nombre de *Apóstol*, prostituyéndole por medio de esos hombres que han levantado el estandarte de rebelion contra la Iglesia de los Apóstoles, han sido condenados por los verdaderos sucesores de los Apóstoles, y cuya vida, segun el testimonio universal, ha estado bien lejos de asemejarse á la de los apóstoles (5).

Que los luteranos, los calvinistas, los zuinglios se llamen en buen hora discípulos é hijos de las Iglesias de Lutero, de Calvino,

(1) Ephes. 5, 27.
(2) Joan. 4, 34, 9, 4.
(3) Thessalon. 4, 3.
(4) Psalm. 144.
(5) Vies de Luther., de Calvin., de Henr. VIII, par Audin.

de Zuinglio ; pero jamás podrán ser, ni se atreverán nunca á llamarse hijos y discípulos de la Iglesia de los Apóstoles.

Además, la Iglesia Católica es, á semejanza é imájen de Dios, santa en sus consejos y caminos, es decir, en los medios seguros é infalibles de que se vale para conducir á los hombres á la verdadera santidad.

Los encamina á la santidad por los dogmas que les propone; porque no hay uno solo en sus artículos de fe que no produzca en el espíritu pensamientos los mas dignos y elevados sobre Dios, sobre su naturaleza, sobre sus beneficios, y que no excite al mismo tiempo en el fondo del corazon sentimientos los mas tiernos, los mas generosos de reconocimiento, de sacrificio y de amor.

Los conduce á la santidad por los sacramentos, canales misteriosos de las poderosas bendiciones del Cielo, que consagrando por la gracia especial, cada edad, cada estado, cada situacion de la vida, curan las enfermedades del alma, extinguen los vicios, consuelan en los dolores, excitan y fortifican las virtudes; y apoderándose del hombre desde su primer instante hasta la última hora, le hacen pasar sucesivamente por todos los grados de santificacion, hasta llegar á una perfeccion consumada.

Los lleva á la santidad por su culto antiguo y tradicional, cuya pompa es tan magnífica como sencilla ; por sus fiestas y solemnidades llenas de sublimes y grandes recuerdos, de significaciones patéticas, de dulces y celestiales emociones ; y sobre todo por su muy santo y muy formidable sacrificio, en el que el Redentor de los hombres continúa todos los dias, y de una manera mística , la inmolacion sangrienta del Calvario, aplicando por ella á los fieles, hasta el fin de los siglos, sus méritos divinos y precio infinito.

Los conduce á la santidad por su moral pura, bella, sublime: moral cuyos principios, máximas y reglas están sacadas del Evangelio, interpretado por los Apóstoles, por los doctores y por la misma Iglesia, que en sus decisiones y doctrina ha sabido siempre evitar el doble escollo de una tolerancia culpable como de un excesivo rigor.

Fiel á la doctrina entera de Jesucristo, no solo promulga é impone sus preceptos, sino que adopta y propone sus consejos. La virginidad, la pobreza, la obediencia perfecta, la penitencia, la mortificacion, la abnegacion y los sacrificios han sido y serán siempre la estimacion de sus hijos. Hija del cielo, no cesa de exhortarlos á despreciar la tierra y todas las cosas del mundo, á no pensar mas

que en el cielo, á no ocuparse sino del cielo, y á no respirar mas que por el cielo.

La Iglesia Católica, pues, es santa en los medios seguros é infalibles de que se sirve para conducir á los hombres á la santidad; de modo que no hay uno solo de sus enemigos, aun los mas injustos y rencorosos, que no confiesen abiertamente, que si todos los católicos fuesen fieles en practicarlos, todos los católicos serian santos.

No sucede así con los sectarios del protestantismo, que para ser fieles á las virtudes cristianas, se ven realmente obligados á hacer traicion á su símbolo, á ser mejores que sus creencias. Y en efecto: ¿es capaz de conducir á la santidad la pretendida reforma, cuyos dogmas, abandonados á la incertidumbre del espíritu de cada uno, no pueden inspirar una fe viva, profunda y á toda prueba, y se ven borrados á cada paso en la memoria y en el corazon de sus sectarios?

¿Pueden conducir á la santidad esas iglesias, cuyo culto no está en armonía con la naturaleza humana; cuyos sacramentos son inútiles é incompletos; cuya moral admite la necesidad de pecar, no obstante la libertad del hombre y la gracia del Señor; la inamisibilidad de la justicia á pesar de las mayores maldades; la reprobacion al infierno aun con las mas heróicas virtudes; Iglesias que contra la tradicion de los pueblos cristianos y la práctica de los siglos, rechazan y reprueban la confesion de las culpas, el sacrificio de la religion, el mérito de la limosna, la mortificacion y todas las obras satisfactorias, la pobreza voluntaria, los votos, las promesas y consejos del Evangelio?

En fin, la Iglesia Católica es santa en sus obras, porque recibiendo incesantemente del mismo Dios una virtud sobrenatural para cumplir su ministerio, nada en el mundo es capaz de impedirla hacer santos todos los dias, desde el principio de su existencia hasta la consumacion de los elegidos.

Asaltada por todas las pasiones conjuradas, desgarrada por los cismas y las herejías, perseguida muchas veces por sus propios hijos y ultrajada por sus escándalos, atacada mil veces por enemigos interiores y exteriores, la Iglesia Católica, al través de tantos combates y peligros, de tantas heridas y dolores, de tantas traiciones é insultos, no ha cesado ni cesará jamás de producir santos.

Es preciso tener por nada los anales de la historia para no reconocer que en la Iglesia Católica es únicamente donde se han for-

mado tantos santos ilustres, que los herejes mismos no pueden menos de venerar, porque su vida ejemplar fué la admiracion del mundo.

Y sin remontarnos á las primeras edades de la Iglesia, y apelando solo al testimonio de los siglos inmediatos que nos han precedido, en medio de las herejías del siglo XVI, ¿no fueron unos discípulos y ardientes defensores de la Iglesia Católica, los Franciscos de Paula, los Vicentes Ferrer, las Teresas, los Franciscos Javier, los Ignacios, los Cárlos Borromeo, los Franciscos de Sales, los Vicentes de Paul y otros tantos siervos y amigos de Dios, cuya vida, toda celestial, fué un retrato de la vida del Salvador, y á quienes el Señor glorificó aun aquí en el mundo, premiando su fe y piedad con maravillas é incontestables prodigios que los protestantes mismos se ven obligados á reconocer? (1)

¿No son en nuestros dias los hijos de la Iglesia Católica, esos pontífices venerables, esos pastores consagrados, que, por su celo infatigable, se hacen todo para todos con el fin de ganar hombres á Jesucristo (2); esos religiosos que se entregan á todo género de sacrificios por consolar las miserias; esas innumerables esposas del Cordero tan puras como los ángeles; esas hijas de caridad, que saben curar las enfermedades y alivian todos los dolores; esos misioneros generosos, sedientos de la sed de almas, que no buscan otra recompensa que el martirio, cuya sangre inunda, aun en nuestros dias, los paises idólatras; todos esos héroes, en fin, que la Iglesia produce sin cesar para la salud del mundo, para triunfo del cielo?

La Iglesia Católica es tres veces *santa*: santa en su misma institucion: santa en sus medios ó caminos: santa en sus obras: por consiguiente es aquí en el mundo la imágen mas perfecta de Dios, tres veces *santo* (3).

(1) Baldæus, histor. de los Ind. Richard Halvel, minist. protest. Recueil des navigations de la nation anglaise. Tabernier, voyages. Jibon des opinion. sur la vie de SS. d'Alban Butler.

(2) 1. Corint. 9, 22.

(3) Apocal. 4, 8.

INMUTABILIDAD DE DIOS.

INMUTABILIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Dios es inmutable en su existencia, puesto que existe por la necesidad misma de su naturaleza.

Dios es inmutable en sus perfecciones: no puede adquirir otras nuevas, ni perder alguna de las que posee, porque es un *ser* infinitamente perfecto.

Dios es inmutable en sus decretos, porque en él no hay, como dice un Apóstol, vicisitud, oscuridad, ni inconstancia (1).

La Iglesia es *inmutable:* 1.° en su existencia; 2.° en sus perfecciones; 3.° en sus decretos, y por las mismas razones sobre las que descansa la inmutabilidad divina.

1.° La Iglesia Católica es inmutable en su existencia. Por la necesidad misma de su destino, la verdadera Iglesia, así como Cristo su autor, á quien representa aquí en el mundo, debe estar compuesta de dos elementos que constituyen su naturaleza, y que son la condicion indispensable de su existencia, el elemento divino y el elemento humano. El elemento divino, inaccesible á los sentidos, contiene la verdad y la gracia, las dos fuentes de la salud de las almas: el elemento humano hace de la Iglesia una sociedad corporal y visible entre los hombres.

Estos dos elementos, que el protestantismo ha desconocido, dividido y alterado de todas maneras; estos dos elementos, términos admirables de la persona misma del Verbo hecho carne, viven y vivirán siempre en el seno de la Iglesia Católica en una perfecta armonía, en una íntima é inmutable union como en el mismo Redentor, en virtud de su palabra dada á los Apóstoles y á sus sucesores: *He aquí que yo estoy con vosotros*, con vosotros bautizando y enseñando, *todos los dias hasta la consumacion de los siglos* (2).

2.° La Iglesia Católica es inmutable, como lo es Dios, en sus perfecciones.

En primer lugar no puede perder ninguna de las perfecciones que posee, porque desde entonces dejaria de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. La unidad, la universalidad, la santidad y todos

(1) Jacob., 1, 17.
(2) Math., 28, 19, 20.

los otros caractéres que la distinguen tan evidentemente de las sectas falsas separadas de ella, no pueden desaparecer ni aminorarse; son inherentes á su naturaleza. La Iglesia no existiria mas, si la llegase á faltar una sola de sus perfecciones.

En torno de la Iglesia Católica todo ha cambiado, todo cambia: pueblos, legislaciones, instituciones de toda especie, religiones de todas formas. Ella sola no ha cambiado.

Sucede á las herejías que la han combatido y todavía la combaten, lo que á los arquitectos ignorantes, á quienes disgustan sus propias obras: ellas no hacen, como estos, mas que edificar para destruir, volver á edificar para destruir de nuevo (1); mientras que el edificio magestuoso de la Iglesia Católica permanecerá en pié hasta el fin de los tiempos, tal cual fué levantado diez y ocho siglos ha por el mismo Dios.

En segundo lugar, la Iglesia no puede adquirir nuevas perfecciones en las cosas que pertenecen á su misma naturaleza ó esencia: esta especie de perfectibilidad, ó mas bien de transformacion, es propia de las obras de los hombres é indican su debilidad; pero las obras de Dios, al salir de sus manos sabias y poderosas, tienen toda su perfeccion esencial.

La Iglesia Católica, esta nueva Eva, ha aparecido en el mundo, como en otro tiempo la primera en el Paraiso terrenal, revestida de una completa hermosura. Tratar de adornarla con esas perfecciones que llevan en sí las cosas humanas, es ultrajar la gloria original con que el Señor la ha enriquecido; es manchar con el cieno del mundo su divino esplendor.

Lo que la Iglesia Católica jamás ha permitido, el protestantismo, á imitacion de las herejías que le precedieron, se ha atrevido á emprender, hace ya tres siglos: empero Dios, para mostrarnos que no en vano lleva el hombre su sacrílego atrevimiento y su mano audaz hasta el arca santa, Dios lo ha abandonado para siempre al vértigo de sus reformadores sin cuento, de los cuales muchos han llegado á negar el cristianismo hasta el punto de admitir un escepticismo universal en materias de religion.

3.° En fin, la Iglesia Católica es como Dios inmutable en sus decretos, es decir, en los dogmas que define y enseña, en las leyes generales y constitutivas que propone. Esta inmutabilidad en su sím-

(1) S. Hilario, lib. contra Const., n. 23.

bolo, y en su creencia practica se lo dió Jesucristo en aquel dia que revistió á los Apóstoles de su autoridad y divina mision (1).

Así es que la enseñanza católica jamás ha variado como no ha variado la *piedra* sobre que se fundó la Iglesia. En su doctrina no ha habido variaciones, como no las ha habido en la gerarquía que siempre es una y universal. Lo que creyó en su primer dia, lo creerá en el último dia de los siglos. Lo que profesó en el concilio apostólico de Jerusalen, lo ha profesado en diez y siete concilios Ecuménicos, y lo profesará siempre.

Por el contrario, las herejías todas han variado al infinito. Todo cambia á cada paso en su símbolo, decia Tertuliano, y si penetramos en su fondo, se las verá diferentes en una multitud de puntos, que no abrazaron en su nacimiento (2). Esto se concibe fácilmente : ellas han debido participar de la naturaleza de toda institucion humana, y arrastrar, por consiguiente, en pos de sí la debilidad, el temor, la ignorancia, la incertidumbre y todas las pasiones de sus autores.

No será así jamás en la Iglesia Católica. No, no será el temor de los hombres el que dictará sus decisiones y decretos; ella no teme las persecuciones ni el martirio: solo teme las *novedades profanas* (3), *la hinchazon* del orgullo que se atreve á *levantarse contra la ciencia de Dios* (4). La ignorancia, la incertidumbre, la debilidad no tendrán parte en sus leyes ni en sus consejos y decisiones. Jesucristo, su gefe y cabeza, la ilumina, la sostiene y la gobierna siempre.

Es preciso, pues, reconocer en la Iglesia Católica la imágen de su fundador. Su *inmutabilidad* es semejante á la inmutabilidad de Dios.

INDEPENDENCIA DE DIOS.

INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Dios es independiente.

1.° Dios es independiente en su existencia, porque existe por sí mismo.

(1) Math., 28, 19, 20.
(2) Tertul. de præscript.
(3) 1. Timoth. 6, 20.
(4) 2. Corinth. 10, 5.

2.° Dios existiendo por sí mismo, no depende mas que de sí en la manifestacion y ejercicio de su poder.

La Iglesia Católica es independiente.

1.° La Iglesia Católica es independiente en su existencia, porque la ha recibido de solo Dios y por solo Dios la conserva.

2.° No habiendo recibido ni conservando su existencia sino por solo Dios, no depende mas que de Dios solo en la manifestacion y ejercicio de su poder.

Primeramente, la Iglesia Católica no depende mas que de Dios solo en su existencia, porque de él solo la ha recibido.

Jesucristo es el que dió á la Iglesia Católica su existencia, dando á los Apóstoles la autoridad de su propia mision sobre la tierra: *Como mi padre me ha enviado á mí, del mismo modo os envio yo á vosotros* (1) : el imperio universal de la doctrina, *enseñad á todas las naciones* (2) ; la plenitud de su poder, *todo lo que remitiereis ó retuviereis en la tierra, remitido y retenido queda en el cielo* (3).

La Iglesia Católica, en virtud de estas palabras de Jesucristo, es la sola sociedad que puede gloriarse altamente y con un justo título, en medio de las sociedades humanas, de haber sido establecida por el mismo Dios.

No es á la verdad ningun poder humano, sino la mano del Todopoderoso quien ha formado é instituido la Iglesia. El hombre es de tal modo extraño á esta grande obra, que por cualquier lado que la quiera examinar, no verá en ella ningun esfuerzo suyo, ni una sola de sus invenciones, ningun proyecto humano.

Dios, en la fundacion de su Iglesia, ha formado como un empeño de obrar á la inversa de los hombres, cuando intentan alguna cosa. Porque no son medios débiles á la verdad los que él emplea ; al contrario, ha querido que todas las fuerzas humanas se reunan contra ellos. Para establecer la sociedad imperecedera de la Iglesia se sirvió de doce pescadores pobres é ignorantes. Los pueblos se abalanzaron con furor contra ellos ; los filósofos echaron mano de las armas de la ciencia ; los Césares inventaron todo género de suplicios; y sin embargo de todo esto, aquellos pobres barqueros se hicieron dueños de las naciones; aquellos ignorantes vencieron á los filósofos ; aquellos pobres hombres triunfaron de los Césares.

(1) Joan. 20, 21.
(2) Math. 28, 19.
(3) Math. 18, 18.

Mas si la Iglesia se halla constituida en este mundo por sola la mano de Dios, sin el concurso de los hombres y á despecho suyo, ella ha sabido y sabrá todavía, á despecho de los hombres, velar en su propia conservacion hasta el fin de los tiempos.

Verdadera libertadora de los pueblos, en todos los siglos ha roto las cadenas de la esclavitud, ha hecho pedazos los grillos humillantes de la humanidad.

La historia de su reinado aquí en la tierra, es la historia de su lucha incesante contra todos los poderes humanos, que han tratado, pero en vano, de esclavizarla. Bajada del cielo, no puede degradarse ni envilecerse: Esposa de Jesucristo, nunca será esclava de los hombres: allí donde sopla el Espíritu Santo, allí debe reinar la libertad (1).

En los combates contra sus perseguidores, ha sabido enviar sus hijos al martirio y á la muerte, antes que á una miserable ó impía esclavitud.

Para vivir en el mundo la Iglesia Católica nacida de Dios, no necesita mas que de solo Dios.

No sucede así con la herejía: su orígen viene de los hombres, y para vivir y subsistir tiene necesidad de los hombres: así llega necesariamente á ser esclava suya. Mientras la Iglesia Católica ha establecido siempre la condicion de su existencia en una autoridad puramente espiritual, el cisma y la herejía la colocaron y aun colocan en una autoridad que reune á la vez los dos poderes: el poder espiritual y el poder temporal. Así es cómo se concibe el resultado de este sistema monstruoso, y cómo desde entonces las leyes mas tiránicas de los reyes ó de los pueblos pasan por leyes divinas; cómo la verdad cuando disgusta viene á ser un sacrilegio, y la palabra que quiere ser libre una blasfemia.

En segundo lugar, la Iglesia Católica no depende mas que de Dios solo en la manifestacion y ejercicio de su poder; Jesucristo confiriendo á la Iglesia Católica su mision, su doctrina y su poder, la ha dado un imperio soberano y absoluto sobre las almas. Habiéndole recibido de Dios, no depende en su ejercicio mas que de Dios.

En efecto, para impedir, de cualquier modo que sea, este libre ejercicio de su poder espiritual, era necesario que hubiese otra sociedad temporal que pudiera reivindicar en su favor una autoridad semejante ó al menos participar de ella. No existe ninguna. No obs-

(1) Corint. 3, 17.

tante su orígen ciertamente providencial, sus leyes que deben ser respetadas, su poder que debe ser obedecido, las sociedades humanas se detienen ante la conciencia. Ellas no alcanzan mas que al exterior. La Iglesia sola puede penetrar en el interior del hombre, como Dios; mandar sin resistencia, gobernar sin que pueda ser criticada, y reinar de la manera mas libre, entera y absoluta.

Los reyes, las repúblicas, los gobiernos, cualquiera que sea su nombre, no podrian decir á un hombre: «yo te mando creer esto, te prohibo creer aquello: yo te ordeno que mires esta accion como buena y aquella como mala.» La Iglesia Católica ha dicho y dirá siempre, á millones de hombres, todo lo que ha decidido, todo lo que ha ordenado, en una palabra, todo lo que ha querido; y al punto, esos millones de hombres han recibido, reciben y recibirán la palabra y las órdenes de la Esposa infalible de Jesucristo, como órdenes y palabras de su Esposo divino, y todos se someten á ellas como á porfia.

Independientemente de lo que pertenece á la fe, á las costumbres y la disciplina que la Iglesia impone á sus miembros, es igualmente independiente en su gerarquía, la mas estable y regular de todas las gerarquías: en su gobierno, el mas firme é indestructible de todos los gobiernos de la tierra. A la Iglesia sola pertenece el derecho de instituir sus pontífices, sus sacerdotes y ministros de todos los grados, porque á ella sola pertenece el de comunicarles el poder y la mision que ha recibido de su fundador; estando prohibido á toda autoridad humana, so pena de sacrilegio, ingerirse en nada, sea para fijar el ejercicio de esta mision y poder, sea para determinar su accion, sea para extender ó limitar su dominio.

Concluyamos, pues, fijando un hecho, verdaderamente providencial, subsistente despues de mas de mil años á la faz del mundo entero.

Es tan cierto, que «Dios nada ama tanto como la independencia y plena libertad de su Iglesia» segun el dicho de San Anselmo, que ha querido que el pastor de los pastores que la gobierne, segun el curso de los siglos, sea libre, aun políticamente hablando, de todo poder humano sobre la tierra: de suerte, que la independencia temporal que Jesucristo, rey de los reyes, ha dado á su Vicario aquí en el mundo, es á la vez un símbolo manifiesto y una prenda viva de la independencia espiritual de su Iglesia.

La independencia de la Iglesia Católica, en su existencia y en su poder, es una completa semejanza de la independencia de Dios.

OMNIPOTENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Dios es omnipotente. Es omnipotente, porque es criador. La creacion exige un poder tal, que es imposible concebirle mayor, puesto que á la accion creadora propone nada menos que la nada.

La Iglesia Católica es omnipotente, porque en su verdadero sentido ejerce aquí en el mundo, á semejanza de Dios, la accion creadora en un grado el mas alto posible.

En efecto, en el momento mismo en que el alma del hombre sale de las manos del Criador, se ve entregada á manos de la Iglesia para recibir de ella como una segunda creacion. Creacion tan necesaria, que sin ella la primera viene á ser para el alma una verdadera muerte en el tiempo y en la eternidad. Gracias al Espíritu santificador y vivificante, comunicado sin cesar por Jesucristo á su Esposa hasta la consumacion de los siglos, la Iglesia se hace realmente la madre del hombre de quien Dios es el padre; y el hombre, *criatura nueva* (1) en la justicia y en la verdadera santidad (2), recibe en las entrañas de la Iglesia una otra vida por el bautismo regenerador (3): vida sobrenatural, celestial, de un órden y de un valor tan grandes, que le dan derecho no á una herencia temporal, sino á la herencia del mismo Dios (4).

Todo este poder creador no pertenece ni puede pertenecer en propiedad mas que á la Iglesia Católica.

Porque si bien es preciso confesar que las demás sectas, aun las mas rebeldes á su fe y autoridad, pueden dar y administrar el verdadero bautismo; en tratándose de la verdadera Iglesia de Jesucristo, solo la Iglesia Católica puede serlo, porque sola ella tiene el poder de conservar en el bautismo su virtud regeneradora.

La legitimidad de este poder es evidente. Lo demuestra en primer lugar, por el hecho mismo de la posesion de su poder divino. Ninguna Iglesia, en efecto, se atreve á reclamarlo en su propio favor, y de una manera absoluta y exclusiva, como lo hace la Igle-

(1) 2. Corint. 5, 17.
(2) Ephes. 4, 24.
(3) Tit. 3, 5.
(4) S. Agust. in Joan., tract. 12.

sia Católica á la faz del mundo, por la antigüedad de su posesion, que precedió á todas las herejías, á todos los cismas, y por la verdad intrínseca del derecho de su posesion, puesto que el verdadero bautismo, siendo *uno*, no puede sustancialmente encontrarse sino donde la fe es *una*, segun el dicho de San Pablo: *una fides, unum baptisma* (1).

En segundo lugar, la Iglesia Católica prueba la legitimidad de su mision por ese sentimiento maternal que le es propio, y por esa emocion que experimenta como una madre cuando ve á sus hijos en algun peligro.

Ella se apresura con la mayor solicitud á dar el sacramento del bautismo, bajo condicion, á todos los que vuelven de la herejía al seno de la verdadera Iglesia. Tan grande es su inquietud sobre la validez del bautismo desnaturalizado, y mutilado por decirlo así, ora en su forma, ora en su materia y ya en la intencion, cuando se administró fuera de su seno. Y he aquí porqué sola ella, la Iglesia Católica, reconoce esa señal indeleble impresa en el alma humana por el bautismo. La herejía, como que no es su verdadera madre, no lo ve; pero la Iglesia Católica no podria desconocerle, porque es el signo del amor de su Esposo, es el signo de su maternidad, es el signo de su creacion y su poder. *Dadle*, pues, todos *esos hijos vivos* de su vida, que ella reclama, que los ama, y le pertenecen á ella sola, porque ella es su verdadera madre: *date huic infantem vivum, hæc est enim mater ejus* (2).

Mas no solo es dado á la Iglesia Católica comunicar al hombre la vida sobrenatural, sino que conserva y sostiene en el hombre, como Dios respecto de sus criaturas, esta vida nueva por una creacion perseverante, continua y nunca interrumpida.

En efecto, los sacramentos que ha despreciado ó desfigurado la herejía, la penitencia y la extremauncion que reparan y reaniman, la confirmacion que fortifica, la eucaristía que nutre y alimenta la vida del hombre de la vida de todo un Dios, son como otros actos de su virtud creadora, renovada sin cesar sobre el cristiano, mientras vive en esta peregrinacion.

Por medio de su energía divina es como obra sobre las almas, sin interrupcion y con un poder absoluto, hasta el dia en que crie y engendre en la gloria al que habia criado y engendrado en la gracia.

(1) Ephes. 4, 5.
(2) Reg., lib. 3, 27.

Empero la omnipotencia que Jesucristo ha comunicado á su Iglesia, va ahora á manifestársenos por una creacion mas extraordinaria y admirable, y que la hace de un modo mas sorprendente, semejante á Dios.

Porque no es sobre el hombre solo sobre quien la Iglesia Católica ejerce su virtud creadora, sino tambien sobre el hombre Dios, el nuevo Adan, el Verbo hecho carne.

Por aquella palabra expresa de Jesucristo, y su mandamiento en la noche de la cena, la Iglesia Católica revestida de todo el poder, y aun en cierto modo de la personalidad misma del Padre, engendra sacramentalmente y produce al Hijo por la Eucaristía. Le engendra y produce Dios y hombre, alma y cuerpo; no una vez, sino millones de veces: no un solo dia, sino todos los dias despues de diez y ocho siglos: no en un solo lugar, sino en todos los lugares del universo. Y aun hay mas: ejerce continuamente sobre él un derecho de sacrificio y de inmolacion; derecho sin restriccion, sin medida, sin término; derecho que la herejía ha desconocido por una ceguedad inexplicable; derecho por consiguiente, que solo pertenece á la Iglesia Católica.

Y es preciso observar, que este acto de omnipotencia que ejerce la Iglesia Católica en el sacramento de la Eucaristía, lleva consigo, para todo fiel católico, un imperio supremo sobre las leyes mas esenciales de la creacion física, las que suspende, invierte, cambia y trastorna, y á las que sustituye con otras nuevas leyes. No contenta con proponer á la inteligencia del hombre un milagro el mas incomprensible, obrado por el poder que Jesucristo la ha comunicado, la Iglesia Católica en este acto se apodera de la sustancia material, separa los accidentes de la realidad de la materia, conservando aquellos y destruyendo esta, engañando los sentidos y produciendo como un mundo nuevo, en el hecho de producir al mismo Criador y Señor del mundo.

Los protestantes, no admitiendo unos la presencia real, otros la transustanciacion, y todos el sacrificio, han renunciado á este privilegio de omnipotencia que ejerce la Iglesia Católica en el sacramento de la Eucaristía. Han disminuido, en cuanto les ha sido posible, este poder milagroso, desconociendo su verdad como en casi todas las cosas.

La Iglesia Católica, por el contrario, con el sentimiento íntimo de la verdad, posee el de la omnipotencia y nunca lo renunciará.

Aquí nos vemos obligados á hacer constar el último fenómeno de

la omnipotencia de la Iglesia Católica; á saber, el de sus hechos milagrosos en el órden natural y visible.

Jesucristo, hablando de sus propios milagros y demostrando que ellos probaban la divinidad de su mision, dijo á sus Apóstoles y á los discípulos de su Iglesia presentes y venideros: *El que crea en mí, hará las obras que yo hago y aun mayores todavía* (1).

La Iglesia Católica es la sola que ha tenido siempre este poder de hácer *obras*, este imperio de milagros de primer órden, que según Jesucristo acompaña á la verdadera fe. Esta es una verdad histórica, que ningun hombre juicioso y reflexivo puede poner en duda, y que los mismos protestantes se ven obligados á reconocer y confesar. Por el contrario, en el momento y en el lugar mismo donde renazcan la herejía ó el cisma, cesa este poder sobrehumano y no puede haber milagros. Y, cosa digna de atencion, las iglesias de los sectarios, bien lejos de atreverse á pretenderlo, rechazando la necesidad de los milagros como pruebas de la mision legítima de sus pretendidos y falsos apóstoles, se ven forzados á hacerse justicia á sí mismos, y confiesan públicamente su impotencia y su degradacion.

La Iglesia Católica ejerce, por consiguiente, una verdadera omnipotencia en el órden espiritual y en el órden material: este privilegio extraordinario, que le pertenece exclusivamente, la aproxima mas y mas al Todopoderoso, de quien es imágen.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE DIOS.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE LA IGLESIA CATOLICA.

Dios es *justo*, porque conoce perfectamente las leyes de la suprema justicia, en razon de su sabiduría infinita; porque puede ejecutarlas en todo tiempo, siendo como es omnipotente.

Dios es *misericordioso*, porque es bueno: *su misericordia, que llena toda la tierra* (2), se extiende á todos aquellos á quienes su bondad ha dado la existencia.

La justicia y la misericordia están en Dios de una manera indivisible, y en una perfecta armonía.

La Iglesia Católica posee á semejanza de Dios: 1.°, la justicia:

(1) Joan. 14, 12.
(2) Psalm. 32, 5.

2.°, la misericordia; 3.°, la justicia y la misericordia están en la Iglesia Católica de una manera indivisible y en una armonía perfecta.

Primeramente, la Iglesia Católica posee la *justicia*, porque ha recibido de Jesucristo la ciencia infalible, al mismo tiempo que el poder de aplicar las reglas y ejecutar sus decretos.

Constituido por su Padre juez de los vivos y de los muertos (1), Jesucristo ha comunicado á su Iglesia, revistiéndola de la misma autoridad que le ha sido dada por su Padre, el formidable ministerio de juzgar las almas, *de remitir ó retener los pecados*, de abrir ó cerrar el cielo (2).

Desde entonces, la justicia de la Iglesia Católica se halla sobre la justicia de los hombres, y á la misma distancia que la justicia de Dios. No solo no depende de ningun tribunal humano, sino que todos los tribunales de la tierra, en los puntos de moral y de disciplina, dependen de su tribunal supremo: todo lo que ella decide, queda decidido; todo lo que condena, está condenado; todo lo que repruebe, siempre estará reprobado sin recurso ni apelacion.

En segundo lugar, la Iglesia Católica posee la *misericordia*, porque así como Dios es padre, ella es una madre. Se apiada y compadece de las almas á quienes ha dado la vida celestial, la existencia sobrenatural; todo lo que perdona, queda perdonado; lo que borra, queda borrado; lo que absuelve, está absuelto.

En tercer lugar, la union maravillosa que adoramos en Dios, de la justicia que exige y castiga, de la misericordia que se enternece y perdona, la union inefable de estos dos divinos atributos que parecen combatirse y excluirse el uno al otro, existe tambien en la Iglesia Católica de una manera perfecta, sin que se encuentre en este mismo grado en ninguna otra sociedad, sea civil, sea religiosa.

En la sociedad civil solo se ve la justicia y nada de misericordia: castiga y no perdona. Los tribunales que ha establecido para su defensa y conservacion solo sirven para los violadores de la ley; en ellos se absuelve la inocencia, pero nunca el arrepentimiento.

Empero si esta union de la misericordia y la justicia no puede hallarse en la sociedad civil, tampoco se encuentra en las sociedades religiosas que se separaron de la Iglesia Católica.

(1) Act. 10, 42.
(2) Math. 16, 19, 18, 18.

En efecto, en unas se ve la misericordia sin la justicia; en otras la justicia sin la misericordia. Estas secan en el corazon del pecador hasta la última gota de esperanza, considerándole solo como una víctima infelizmente destinada por un Dios cruel y desapiadado á celebrar su gloria eterna en el fondo de los infiernos.

Aquellas no le piden para reconciliarse con el Señor, ni pena, ni expiacion, ni arrepentimiento, con tal que sus prevaricaciones se guarezcan á la sombra de la cruz, y que su alma, voluntariamente impenitente, confie en los méritos de Cristo, que es el solo penitente de la Iglesia.

¿Qué pensar, pues, de esta misericordia, sino que viene á hacerse una tolerancia culpable de los pecados de los hombres? ¿Y qué de aquella justicia, sino que es una horrible blasfemia contra la redencion infinita y universal del Salvador?

Pero, en la Iglesia Católica, la justicia y la misericordia están unidas de una manera estrecha é indivisible, en virtud de las palabras que le fueron dichas por el mismo Jesucristo, y que sola ella ha sabido comprender: *Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo; todo lo que desatáreis en la tierra, desatado será en el cielo* (1). Revestida de esta doble prerogativa de *atar* y *desatar*, la Iglesia Católica ha erigido desde su orígen tribunales para toda la tierra. Se llamarán, en verdad, tribunales de misericordia; pero así como Dios se llama el Dios bueno, aunque tambien es justo, los tribunales de la Iglesia Católica ejercerán la justicia, aunque tambien ejerzan los derechos de la misericordia.

La justicia de la Iglesia exige indudablemente que el pecado sea expiado; pero la misericordia quiere que el pecador obtenga el perdon de sus delitos. El prevaricador en tanto es castigado en cuanto debe ser perdonado, y no se le excluye de la vida sino por un determinado tiempo, á fin de que se haga digno de salir de su estado de muerte. Obligado á cumplir y *ejecutar en sí mismo*, segun la expresion del Apóstol, lo *que falta á los padecimientos de Jesucristo* (2), su cuerpo no es humillado por el ayuno y la penitencia, sino para dar la salud y la gloria á su alma (3); su castigo es como el orígen y el preludio de la gracia: se le castiga en tiempo para asegurarle la felicidad y el triunfo en la eternidad.

(1) Math. 18, 18.
(2) Colos. 1, 24.
(3) 1. Corint. 5, 5.

Así es como la justicia y la misericordia se hallan en la Iglesia Católica, como están en Dios de quien es imágen, conservando sus respectivos derechos, no obstante que parecen opuestos sus intereses, dándose sin cesar la una á la otra la mano y el ósculo de paz. *Justitia et pax osculatæ sunt* (1).

PROVIDENCIA DE DIOS.

PROVIDENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA.

La providencia de Dios se manifiesta sobre los hombres en este mundo, en el órden natural y en el órden sobrenatural, á un grado infinito, por la actividad, el amor y la fecundidad.

La Iglesia Católica ejerce tambien el oficio sublime de su *providencia* entre los hombres, en el órden natural y en el órden sobrenatural, á un grado incomparable, por la actividad, el amor y la fecundidad.

En efecto, desde su orígen hasta nuestros dias, la Iglesia Católica se ha encargado de cumplir la mas grande obra que puede imaginarse.

Ella ha libertado á los hombres, que eran hijos de Dios y se han hecho hijos suyos, de las tinieblas y crímenes de la idolatría: los ha arrancado de la ignorancia, de la esclavitud, de la corrupcion y el sufrimiento, y en cambio les ha dado la verdad, la virtud, la dicha y la libertad.

Con el Evangelio y la cruz de su Esposo, *enseña á toda criatura* (2) el camino que conduce á la mansion celestial, donde los grandes y misteriosos deseos que atormentan el entendimiento y el corazon del hombre serán completamente satisfechos.

La felicidad y perfeccion del hombre en esta vida, su glorificacion y felicidad suprema en la otra, he aquí el doble objeto que se propone constantemente en su peregrinacion esta hija del cielo, que al mismo tiempo es la reina de la tierra.

Semejante á la paternal providencia de Dios, que desde el momento en que el mundo salió de sus manos, cuidó de todas las criaturas con una vigilancia que no descansa jamás, y *alcanza de una extremidad del mundo á la otra con fuerza, disponiendo todas las*

(1) Psalm. 84, 11.
(2) Marc. 17, 15.

cosas con dulzura (1), la Iglesia católica con su maternal providencia ha extendido su solicitud, desde los primeros dias de su aparicion sobre la tierra, no solamente sobre sus hijos, sino tambien sobre los que no lo fueran.

En la reforma universal que emprendió, su accion ha sido dulce y fuerte á la vez: dulce en los medios que ha empleado, persuasion, ejemplos, oraciones, sufrimientos, martirio; fuerte por el poder sobrenatural y la seguridad divina de los recursos de que se ha servido para conseguir el objeto que se propuso.

Penetró de tal manera de su espíritu regenerador al viejo mundo, al mundo pagano y perseguidor, que recibiendo de repente una influencia secreta que no se ha visto jamás, se vió obligado, aun durante los trescientos años que derramaba á torrentes la sangre cristiana, á reformar y aun á anonadar sus antiguas costumbres, y por decirlo así á cristianizar su legislacion entera.

Se la vió con sorpresa abolir sucesivamente no solo el uso de los sacrificios humanos, el asesinato de los ancianos y los pobres, las guerras de exterminio y de muerte, los juegos sangrientos del circo, los misterios impuros y crueles de su culto infame, el derecho de vida y de muerte ejercido libremente por los padres sobre sus hijos, de los señores sobre sus esclavos, la esclavitud y tutela perpetua de la mujer, el divorcio y la poligamia; sino introducir en sus leyes la piedad con los pueblos vencidos, los principios de derecho internacional, la facilidad de las franquicias, la equidad en la administracion de los intereses públicos, la moderacion en los castigos y los suplicios, la proteccion de los pupilos y menores, la defensa libre de los acusados.

En una palabra, leyes, costumbres, disciplina, gobierno político, todo experimentó la influencia positiva y fecunda de la Iglesia. A ejemplo de Dios, que gobierna las cosas del mundo sin que el mundo perciba su mano divina, y mientras le blasfema; la Iglesia obraba la regeneracion de la sociedad entera, y la salvaba de su ruina aun en los mismos dias en que su doctrina y sus discípulos eran el objeto del odio y reprobacion universal.

Mas todavía: apenas habia salido de las catacumbas, ya erigió, con admiracion del mundo, instituciones enteramente desconocidas; retiros de seguridad para las vírgenes y viudas, hospitales para los huérfanos y niños abandonados, asilos para los ancianos y los

(1) Sapient. 8, 1.

pobres. Como Dios, *que hace nacer el sol sobre los buenos como sobre los malos* (1), se la vió extender entonces igualmente que lo hace ahora mismo, los beneficios de su caridad sobre los amigos como sobre los enemigos, sobre sus hijos perseguidos como sobre sus crueles y encarnizados perseguidores.

Cuando, en fin, se vió libre y victoriosa, lejos de vengarse del imperio Romano, que habia derramado á torrentes su sangre, le preservó de una ruina inevitable, convirtiendo al Evangelio á los bárbaros que Dios habia desencadenado para su castigo y desolacion. En el momento en que se creia todo perdido, se salvó; la Iglesia civilizó aquellas hordas salvajes, fijó su marcha errante y formó las naciones modernas.

Entonces se puso á continuar con el mayor ardor su grande obra: instituyó en todos los lugares adonde se extendió su benéfico imperio, mil asociaciones religiosas para asistir á los enfermos, á los viajeros y encarcelados; para instruir los hijos de los pobres; desmontar terrenos incultos, abrir caminos y facilitar las vias de comunicacion entre los habitantes de diversos paises. Fundó, en el curso de los siglos, las órdenes hospitalarias y militares de San Juan de Jerusalen, del monte Carmelo, de San Lázaro, de los padres de la Merced, y multitud de congregaciones de hermanos y hermanas de Caridad, cuyos nombres y servicios son tan multiplicados como las necesidades físicas y morales del hombre. Envia sin interrupcion, hasta las extremidades del mundo, nuevos apóstoles que prodigan su sangre en cambio de almas que salvan y la granjean todos los dias. Forma en todos los pueblos santos y bienhechores de la humanidad, y por ellos consagra la inocencia, reconcilia el arrepentimiento, consuela el infortunio, produce todas las virtudes, inspira el rendimiento y todos los sacrificios; y semejante al astro del dia, á ese ojo resplandeciente de la divina Providencia, la Iglesia Católica, siempre activa, siempre amante, siempre fecunda, inunda al universo entero de los rayos de su verdad y de su amor.

La Iglesia Católica es, pues, la imágen, la expresion mas verdadera de la providencia de Dios.

Luego ella sola puede apropiarse este magnífico privilegio. Ni el cisma ni la herejía pueden pretender representar aquí en el mundo la Providencia. Ni la Iglesia de Phocio, en primer lugar, que desde el principio de su existencia se vió herida de una impotencia

(1) Math. 5, 45.

radical y no conocia otro celo que el del sable, otra predicacion que el látigo, ni otro apostolado que la apostasía; incapaz de comunicar á nadie la verdad, porque se hallaba sumida en la mas estúpida ignorancia: ni la libertad, porque era una esclava; ni la caridad, porque era una pordiosera; ni el amor, porque estaba corrompida; ni la vida, porque segun la expresion de M. Maistre, no era sino *un cadáver helado, cuyo frio le hizo conservar los formas* (1).

Y la herejía del siglo XVI ¿se asemejaba á la Providencia divina? ciertamente que no: su actividad es solo un acceso de fiebre; su caridad, una beneficencia fria; su celo, mera filantropía; su proselitismo, una distribucion de biblias; sus misiones, una empresa de política ó comercio; su libertad degenera en una licencia desenfrenada, y viene por último á parar en degradante servilismo; su amor por la humanidad parécese al de una madrastra, para quien los hijos son unos extraños, ó al de un mercenario, que despues de haber robado el rebaño á su legítimo pastor, no sabe conservarlo, alimentarlo ni defenderlo.

Y no es extraño que así suceda, al protestantismo en particular: él se ha condenado á sí mismo á una esterilidad completa, condenando los votos, rechazándolos como contrarios al espíritu del Cristianismo, no obstante la doctrina formal del Evangelio, el apoyo de la tradicion y los ejemplos de todos los siglos.

En efecto, es preciso hacer esta observacion para concluir, que por la observancia de los votos de pobreza, de obediencia y castidad, la Iglesia Católica se muestra constantemente la Providencia del mundo, y conserva en sí misma el principio vivo de su actividad incesante, de su amor heróico, de su inagotable fecundidad.

Cuando se trata de hacer bien á la humanidad, no le basta hacer un beneficio, es necesario despojarse de todo y darse á sí misma á imitacion del hombre Dios, y se dá en efecto; no basta imponerse sacrificios, sino sacrificarse á sí misma, y se sacrifica realmente como él; no le basta vivir para sus semejantes, es necesario además, como él, saber inmolarse y morir por ellos.

He aquí lo que no ha hecho ni hace jamás el protestantismo, y he aquí lo que la Iglesia Católica hace todos los dias y en todos los lugares despues de diez y ocho siglos.

A ella sola, pues, pertenece la gloria de ser aquí en la tierra la imágen fiel de la Providencia de *nuestro Padre que está en los cie-*

(1) Del Papa, lib. 4, cap. 2.

los (1), y que nos ha entregado *á su Hijo único para salvar el mundo* (2).

CONCLUSION.

Una en su constitucion, como Dios en su naturaleza; visible é invisible á la vez como Dios; simple y universal como Dios; inmortal en el sacerdocio que la perpetúa; inmutable en el símbolo que profesa, como Dios es inmutable é inmortal en su esencia; infalible en el conocimiento y trasmision de la verdad, como Dios la verdad suprema; omnipotente por su virtud creadora, independiente en su existencia y en su poder, santa, justa y misericordiosa como su autor; Providencia colocada en el mundo y para el mundo, sobre el cual ejerce, como la Providencia divina, una accion incesante llena de amor y fecundidad; tal se nos manifiesta la verdadera Iglesia de Jesucristo, la Iglesia Católica.

Y esto es tan cierto, que ninguna de las sectas, separadas de ella, puede reclamar en su favor semejanza alguna, con uno solo de los atributos divinos, mientras que la Iglesia Católica tiene el derecho de presentar una perfecta semejanza con todos los que constituyen la divinidad; siendo por consiguiente la sola de las sociedades cristianas, que aparece revestida de esta gloria incomparable.

¡ Veneracion, pues, amor y respeto profundo á la Iglesia Católica, *nuestra madre!* Semejante á la sabiduría eterna, al Verbo hecho carne, á Jesucristo su Esposo, cuya mision y personalidad misma ejecuta y continúa aquí en el mundo, ella es sobre la tierra la imágen mas perfecta de las perfecciones de Dios. *Speculum Dei majestatis, et imago bonitatis illius* (3).

(1) Math. 6, 9.
(2) Joan. 3, 16, 17.
(3) Sap. 7, 26.

INDICE.

Pág.